

I

La antigüedad remota

Las plantaciones de adormidera en el sur de España y de Grecia, en el noroeste de África, en Egipto y en Mesopotamia son probablemente las más antiguas del planeta. Eso explica que su opio tenga dos y hasta tres veces más morfina que el de Extremo Oriente.

La primera noticia escrita sobre esta planta aparece en tablillas sumerias del tercer milenio a.C., mediante una palabra que significa también «gozar». Cabezas de adormidera aparecen también en los cilindros babilónicos más antiguos, así como en imágenes de la cultura cretense-micénica. Jeroglíficos egipcios mencionan ya el jugo extraído de esta cabeza –el opio–, y lo recomiendan como analgésico y calmante, tanto en pomadas como por vía rectal y oral. Uno de sus empleos reconocidos, según el papiro de Ebers, es «evitar que los bebés griten fuerte». El opio egipcio o «tebaico» simboliza máxima calidad en toda la cuenca mediterránea, y aparece mencionado ya por Homero –en la *Odisea*– como algo que «hace olvidar cualquier pena».

1. Si el cultivo de adormidera parece originario de Europa y Asia Menor, el de cáñamo remite a China. Los primeros restos de esa fibra

(fechables hacia el 4000 a.C.), se han encontrado allí, y un milenio después en el Turquestán. Un tratado chino de medicina –escrito en el siglo I, aunque sobre materiales que dicen remontarse al legendario *Shen Nung*, redactado treinta siglos antes– afirma que «el cáñamo tomado en exceso hace ver monstruos, pero si se usa largo tiempo puede comunicar con los espíritus y aligerar el cuerpo».

Inmemorial es también el empleo del cáñamo en India. El *Atharva Veda* considera que la planta brotó cuando cayeron del cielo gotas de ambrosía divina. La tradición brahmánica cree que agiliza la mente, otorgando larga vida y deseos sexuales potenciados. También las principales ramas del budismo celebraron sus virtudes para la meditación. En usos médicos, la planta formaba parte de tratamientos para oftalmia, fiebre, insomnio, tos seca y disentería.

La primera referencia mesopotámica al cáñamo no se produce hasta el siglo IX a.C., en tiempos de dominio asirio, y menciona su empleo como incienso ceremonial. El brasero abierto era ya frecuente entre los escitas, que arrojaban grandes trozos de hachís sobre piedras calentadas y precintaban el recinto para impedir la salida del humo. Una técnica parecida usaban los egipcios para su *kiphy*, otro incienso ceremonial cargado con resina de cáñamo.

El cultivo del cáñamo es también muy antiguo en Europa occidental, según datos paleobotánicos. Ya en el siglo VII a.C. los celtas exportan desde el enclave de Massilia (Marsella) cuerdas y estopa de cáñamo a todo el Mediterráneo. Muchas pipas (y la propia casta de los druidas, expertos en filtros y medicamentos) indican que esa cultura conoció su empleo como droga.

2. El uso de solanáceas alucinógenas –beleño, belladona, daturas y mandrágora– también se remonta a viejos testimonios en Medio y Extremo Oriente, aunque la variedad y cantidad de este tipo de plantas sea muy alta en Europa. El dios galo Belenus –versión céltica de Apolo, la deidad más chamánica del panteón griego– es el origen de

la palabra «beleño». Ligadas tradicionalmente con el brujo y su oficio, a estas plantas se atribuyen fenómenos de levitación, fantásticas proezas físicas, telepatía y delirios, cuando no la muerte por intoxicación aguda. A juzgar por los sabbats del Medievo, quizá fueron los druidas antiguos quienes aprendieron a dominar estas violentas drogas, empleándolas en contextos tanto ceremoniales como terapéuticos, al igual que para hacer filtros.

América no conoce el beleño, la mandrágora y la belladona hasta el Descubrimiento, pero sí son autóctonas allí daturas (de la especie *Brugmansia*), y ante todo el tabaco, otra solanácea psicoactiva que es la droga reina del continente. Con fines recreativos, religiosos y terapéuticos, así como en ritos de pasaje, tabacos de mayor o menor potencia se mascan, fuman y beben desde Canadá a la Patagonia.

3. Sobre las plantas de tipo visionario no hay en Europa ni en Asia testimonios antiguos tan claros, sin duda por la hegemonía de posteriores monoteísmos. Aunque la amanita muscaria es autóctona y muy abundante en Eurasia, y también parecen ser autóctonas algunas variedades de hongos psilocibios (en puntos tan alejados como Bali y Gales), el empleo de drogas visionarias potentes, más activas que el cáñamo, o se mantuvo velado bajo el secreto misterioso o fue abolido más tarde. Sólo los chamanes de Siberia y otras zonas septentrionales de Europa parecen haber mantenido desde siempre usos rituales de setas psicoactivas.

En América, sin embargo, se conocen docenas de plantas muy visionarias. Ya en asentamientos preagrícolas –del séptimo milenio anterior a nuestra era– se han encontrado semillas correspondientes a esta familia. A partir del siglo x a.C. hay piedras-hongo entre los monumentos de la cultura de Izapa, en la actual Guatemala, que seguirán esculpiéndose por distintos puntos de Mesoamérica durante más de mil años. Al siglo x a.C. se remontan también deidades de la cultura chavín, cuya sede fue el actual Perú, que en algunas tallas

de piedra sujetan un cacto visionario. Al siglo iv a.C. pertenece una pipa en cerámica con forma de venado, que tiene entre los dientes un botón de peyote.

Pictóricas y escultóricas, las obras maestras americanas relacionadas con este grupo de drogas no tienen paralelo en la Antigüedad; entre las más asombrosas están el mural de Tepantitla, en uno de los templos de Tenochtitlán, y la estatua de Xochipilli, dios de las flores, cuyo cuerpo y peana aparecen recubiertos por plantas psicoactivas.

En África, donde los estudios de campo son todavía muy insuficientes, es sin duda autóctona la iboga, que la etnia fang venera en ceremonias parecidas a los del peyote entre huicholes mexicanos. Su principio activo pertenece a la misma familia de la LSD 25.

4. Los estimulantes puros, basados en drogas como cafeína y cocaína, hunden igualmente su uso en la noche de los tiempos. El arbusto del coca es originario de los Andes, y desde el siglo III a.C. hay esculturas de rostros con las mejillas hinchadas por la masticación de sus hojas. También son americanos el guaraná y el mate (que contienen cafeína), y el cacao (que contiene teobromina, una sustancia muy afín). En India e Indonesia se obtienen efectos muy análogos gracias al betel, una droga poco conocida en Occidente pero mascada hoy por una décima parte de la población mundial. En China usan desde hace cuatro o cinco milenios el té –que contiene cafeína y teína– y la efedra, un estimulante mucho más concentrado. De África son originarios la nuez de cola, un estimulante cafeínico que prolifera en la costa occidental, y el kat, un arbusto que se consume en Yemen, Somalia y Etiopía. Aunque el café es arábigo en origen, su hallazgo como tal droga se producirá muy tarde, hacia el siglo x de nuestra era. Europa y Oriente Medio son las zonas que menos estimulantes vegetales conocen en la Antigüedad.

El efecto genérico de estas drogas es una inyección de energía, que faculta para comer menos y trabajar más. Nunca sirvieron para

producir trances de posesión o viaje, y son desde los comienzos fármacos profanos, que el acomodado usa por gusto y el pobre por necesidad. En la naturaleza del efecto está también que su usuario sea un usuario regular, y recurra a ellas varias veces al día.

5. Las plantas productoras de alcohol son prácticamente infinitas. Para obtener una tosca cerveza basta masticar algún fruto y luego escupirlo; la fermentación espontánea de la saliva y el vegetal producirá alcohol de baja graduación.

Una tablilla cuneiforme, del 2200 a.C., recomienda ya cerveza como tónico para mujeres en estado de lactancia. Poco más tarde, hacia el 2000 a. C., cierto papiro egipcio contiene el mensaje: «Yo, tu superior, te prohíbo acudir a tabernas. Estás degradado como las bestias.» En otro papiro hallamos la admonición de un padre a su hijo:

«Me dicen que abandonas el estudio, que vagas de calleja en calleja. La cerveza es la perdición de tu alma.» Pero cervezas y vinos están en el 15 % de los tratamientos conservados, cosa notable en una farmacopea tan sofisticada como la del antiguo Egipto, que conoce casi 800 drogas distintas.

Poco más tarde, en el siglo XVIII a.C., la negra estela de diorita que conserva el código del rey babilonio Hammurabi protege a bebedores de cerveza y vino de palma: su ordenanza 108 manda ejecutar (por inmersión) a «la tabernera que rebaje la calidad de la bebida». Rara vez se ha ensayado un remedio tan enérgico contra la adulteración de una droga.

Muy numerosas son las referencias al vino en la Biblia hebrea. Tras el Diluvio viene el episodio de Noé, que «se embriagó y se desnudó» (IX, 20-21). Unos capítulos más tarde, la desinhibidora droga reaparece en la seducción de Lot por sus hijas. El *Levítico* prohíbe al rabino estar borracho cuando oficia el culto o delibera sobre justicia, pero la actitud hacia el vino –expuesta en el Salmo 104, que lo canta

con acentos casi báquicos– es sin duda positiva. De ahí que sea imposible cumplir la ley siendo abstemio, pues en todas las ocasiones de señalada importancia social (circuncisión, fiestas, matrimonios, banquetes por el alma de los difuntos) es correcto apurar al menos un vaso.

Sin embargo, el Antiguo Testamento distingue puntualmente entre vino y «bebida fuerte». Isaías y Amos –los profetas más críticos con borracheras de reyes y jueces– hablan casi siempre de «bebidas fuertes», cosa que desde luego no se refiere a caldos de mayor graduación alcohólica (pues los aguardientes sólo aparecerán milenios después), sino a vinos y cervezas cargados con extractos de alguna otra droga, o varias. Hay en Asia Menor tradiciones sobre mezclas semejantes –empezando por el *vino resinato* al que aluden Demócrito y Galeno–, y ese tipo de práctica explica varios enigmas; por ejemplo, la mención de Homero a vinos que podían ser diluidos en 20 partes de agua (*Odisea*, IX, 208-211), la de Eurípides a otros que requerían al menos 8 para evitar el riesgo de enfermedad o muerte (*Cíclopes*, 145 y ss.), y noticias sobre banquetes. Como bastaban tres copas pequeñas para quedar al borde del delirio, un maestro de ceremonias fijaba –consultando con el anfitrión– el grado deseable de ebriedad para los asistentes.

Esa actitud básicamente favorable al alcohol tiene su exacto opuesto en la religión de la India desde sus primeros himnos. *Sura*, el nombre de las bebidas alcohólicas en sánscrito, simboliza «falsedad, miseria, tinieblas» (*Satapatha Brahmana*, V. 1.2.10), y seguirá simbolizándolo en el brahmanismo posvédico. Tampoco serán gratas las bebidas alcohólicas al budismo, aunque por diferentes razones; el santón budista prefiere el cáñamo como vehículo de ebriedad, mientras el brahmán guarda una sociedad rigurosamente cerrada, donde desinhibidores tan poderosos como las bebidas alcohólicas amenazan el principio de incomunicación absoluta entre castas.

No puede decirse lo mismo de China y Japón, territorios muy afectos al vino de arroz –al parecer desde siempre. De África apenas

sabemos nada en este aspecto, salvo que no hay tradiciones vinícolas y sí muchas cervezas, hechas a partir de distintos vegetales.

En formas como el pulque, también América conoce fermentaciones alcohólicas de baja graduación desde los orígenes. Pero no hay allí vides cultivadas hasta el segundo viaje de Colón.